

El día con Wachuma - 16 de noviembre de 2024

Desde la noche previa estuve buscando el miedo o la ansiedad dentro de mí y mucho no la encontré. No llegué a sentir los pies fríos. Sí se me ocurrió tomar recaudos que al final resultaron innecesarios como pasarle un contacto de emergencia, mi cédula y mi seguro de salud a mi guía. También al revés, le pasé a mi hasta ahora contacto de emergencia el contacto del guía y le dije que estaría de vuelta en el mundo que conocemos más o menos a las 20hs de Uruguay.

Llegué a la terminal de *doña Olguita*, donde había comprado el pasaje de Huaraz a Chavín. Ya eran cerca de las 8 am, la hora de partir. Vi un bus que se iba y me asusté, pensando que me lo había perdido. Enseguida un par de tipos me dijeron “¿Chavín-San Marcos?”, les dije que sí, y se llevaron mi valija no vi a donde. Subí al bus, me senté del lado de la ventana, le compré choclo hervido a una señora y empecé a comer ese desayuno despacito.

Se supone que los dos días anteriores no podía comer leche ni carne - que eso no preciso que me lo digan – y tampoco aceite. Fue medio difícil comer sin aceite y vegetariano sin cocinar, pero se logró.

Antes de arrancar, se subió al ómnibus un tipo que hizo un infomercial en vivo. Tenía un microfonito y su voz salía por un parlante que llevaba en el cuello. Empezó diciendo que iba a hablar de un tema delicado como es la salud, y habló por 36 minutos antes de mencionar el producto que vendía. No llegué a ver si tuvo éxito comercial. En total, la perfo fue de 42 minutos. Hoy me acordé que una de las cosas que dijo es que está mal ir a la farmacia y automedicarse, pero a la vez el vendía un polvito que era para “purgar”. Creo que se refería a que está mal pasársela tomando analgésicos, y coincido. Fue bastante molesta esa comida de oreja, no me dejaba dormir ni concentrarme en otra cosa, pero me alegro de haber visto y oído algo nuevo.

El bus me dejó en [Chavín de Huántar](#), prácticamente frente a la casa de Martín, mi guía.

Me había costado decidirme por participar de esta experiencia. Cuando, días antes, me dijo el precio me pareció justo, pero igual estaba fuera de lo que yo planeaba gastar. Me pareció medio irrespetuoso de mi parte estar evaluando ese precio como un gasto más, como “si hago esto no hago tal excursión, o me hospedo en un lugar más barato”. Pero no es irrespetuoso, o al menos no de mi parte o de la suya.

Cuando él me abrió la puerta ahí sí me asusté porque parecía como malhumorado. Después me acordé de que antes alguien había mencionado que él estaba con problemas de salud. Me mostró mi habitación en el segundo piso de su casa-taller-hospedaje, dejé mis cosas, y bajamos a lo que creo que era un sótano.

Había una mesa andina, dos sillas y un montón de cosas más. La mayoría de las estatuitas de la mesa las había tallado él en su taller. Eran todas réplicas de las esculturas Chavín, excepto un pedacito de mortero tallado que entendí que era original. Me dijo “también soy músico” porque tocaba los caracoles ceremoniales en festividades, 4 veces al año. Así que era guía del templo, guía de [Wachuma](#), artesano, y músico. Alguien en [la conferencia](#) había dicho que en las comunidades andinas todes hacen de todo, que no hay una separación muy fuerte entre los oficios. Ver que hay gente así en el mundo siempre me hace sentir mejor conmigo mismo y con la pereza que me da convertirme en experta en algo.

Cuando mencionó su nivel de triglicéridos me permití preguntarle “¿Y qué tengo que hacer si vos te sentís mal?” Me dijo que no se iba a sentir mal, que ya estaba pronto para hacer esto.

Me explicó que iba a rezar por por mi salud, por mi trabajo y por mi familia. Pensé en decirle que en vez de rezar por mi salud rezara por la de mi abuela y mis padres, pero después pensé que era un poco lo mismo.

Se arrodilló y tocó el [caracol](#) tres veces, para pedirle permiso al mundo de abajo, al mundo del medio y al mundo de arriba. Me pregunté si habría alguna manera de saber que no le habían dado el permiso. Supongo que hay muchas, la realidad se impone, como cuando sonó la alarma de incendios en la casa de papá y mamá.

Mientras rezaba, me abanicaba con plumas y me tiró hojitas de coca. Supongo que el rezo era en quechua. Lo que entendí fueron términos como “[Tayta Wanka](#)”, “Tayta Inti”, “Wachumita sanadora, sana sana”. Me pidió que me arrodillara frente a la mesa, y siguió.

Había dos tazas talladas en piedra. Una negra y una blanca. El mango de las tazas era también una wachumita. No me acuerdo en qué momento rellenó la taza blanca con el líquido verde, espeso. Había mucha preparación de wachuma en botellas de gaseosa abajo de la mesa. Era verde brillante y amarronado a la vez, dependiendo de cómo lo miraras.

Martín me indicó que tomara todo lo que tenía la taza. El primer tercio no me costó nada. Era muy amargo pero casi rico, tostado. El resto sí llevó un poco más de esfuerzo. Cuando terminé de tomar y él de rezar, apagó las velas, agarramos un paraguas y salimos acompañados de Toby, un perrito amarillo y blanco de la estatura de la Honey. También nos acompañó hasta el templo Lucero, la hija adolescente de Martín.

Yo iba tratando de pensar en la ciudad, en las cosas que veíamos para distraerme de la náusea que ya empezaba. Atravesamos un callejón lindero a su casa, decorado con guirnaldas dedicadas a un santo. Llegamos a una calle con canteritos con San Pedros enormes, algunos con flores y otros a punto de florear. Después, al río. Recorrimos la rambla y pasamos junto a unas piedras gigantes que llevó hasta allí el [alud del ‘45](#). Las piedras están como encastradas una encima de la otra. Dicen que vinieron juntas, que así estaban, montadas una sobre otra antes del alud. “Hembra y Macho” dijo Martín, y pensé “Uh qué paja, solo porque son una más grande y la otra más chica. Lo más probable es que si hay dos cosas una sea más grande y la otra más chica”. Pero yo me había anotado a la experiencia con San Pedro y con Chavín habiendo ya escuchado 50 ejemplos del relato de binarismo que lo impregna todo. Hasta me había comprado una [chacana](#) que llevaba al cuello y que era también, mitad blanca y mitad negra, hembra y macho. Mi placer era saber que a la entrada del [templo](#) nos recibiría [un ser como yo](#), un degenerado, un no binario. Pensaba ir a saludarle durante ese día.

Sobre las piedras sexuadas hay una cruz en honor a todas las personas, mayormente viejites, que no escaparon del alud. Y el río pasa junto a las piedras.

Ahí yo ya tenía ganas de vomitar. Para distraerme, quería hablar de la ciudad, de la edad de Toby (tiene como 8 años, espíritu de cachorro, y siempre le queda un chorrillo más para marcar). Le dije a Martín que quería vomitar, pero no me escuchó.

Subimos unas escaleras y cruzamos el puente que pasa sobre el mismo río y que conecta el templo con el resto de la ciudad. Ya había pasado por ahí. Me enterneció que Lucero se encontró con una amiga y se abrazaron.

Pagué la entrada del sitio arqueológico y nos dirigimos directo al río. Había algunas personas haciendo picnic y un compañero de Martín haciendo otro ritual con tres gringas. Habían prendido un pequeño fueguito sobre la mesa andina.

Nos sentamos más o menos equidistantes entre las gringas y la gente del picnic. No estábamos demasiado lejos de ninguna, pero entre la vegetación casi no se veían y con el rugido del río casi no se escuchaban. Nos sentamos en unas piedras y le repetí a Martín que tenía ganas de vomitar. Me dijo que tomara agua y me preguntó si tenía una fruta en particular. Me dijo que tratara de retenerlo, de evitar el vómito. Eso me pareció raro porque en erowid.org había leído lo contrario: “En la primera media hora [...] si tienes ganas de vomitar, hazlo, la mayoría de la gente se siente mucho mejor después y suele dar al viaje un pequeño empujón.”. Más allá de que creyera una u otra versión, no pude retenerlo y vomité de forma bastante explosiva y limpia si es posible. Me agradecí a mi mismo no haber comido más que ese mote hervido en el bus. El vómito era casi todo tal cual lo había visto antes de ingerirlo: líquido verde y trocitos blancos de choclo. Toby me dejó que lo acariciara hasta estabilizarme. No sentí casi la incomodidad de vomitar, no sentí la acidez insoportable y supongo que eso es producto de haber comido sano y poco los días anteriores. Como era mucho el líquido verde que ahora estaba en la tierra temí haber expulsado todo y perderme la experiencia. “Bueno, si no sale no sale”, dijo Martín, y aunque yo quería vivirlo todo, me alegré de que mi cuerpo pudiera expresar lo que no le parecía bien.

Martín me dijo que me echara en la tierra, a la orilla del río. Me dijo que a las 15.30 me iba a avisar para ir a recorrer el templo y ver a Tayta Wanka. No me fijé que hora era así que no sé cuanto tiempo exactamente estuve así, supongo que un par de horas. Me eché usando mi campera como almohada y así estuve un rato hasta que sentí algo que me caminaba en el tobillo izquierdo. Levanté la pierna para ver y era una araña negra culona bastante grande, del tamaño de una moneda de 10 pesos por decir algo. La lancé por los aires con mi mano, instantáneamente. Las arañas son de los poquitos animales que me dan impresión. He hecho cosas un poco extremas cuando me he topado con arañas, como correr a desnudarme y ponerme abajo de la ducha para asegurarme de que no esté más. En este caso tuve esa reacción instantánea y práctica de sacármela de arriba, y sí me asusté, pero no me quedé con miedo o con impresión. Se pasó rápido y no tuve miedo de que aparecieran más.

Pensé que, tanto joder con los escorpiones, me merezco que algún arácnido me visite.

Martín ya no estaba donde lo había visto por última vez. Cada tanto veía pasar a Toby, trotando de un lado a otro paralelo al río. Entonces yo prestaba atención a ver si eso significaba que su humano había vuelto.

Hasta ahí, seguía con la sospecha de que capaz había lanzado toda la preparación y quizás no entraría en la magia. Había escuchado que la gente canta en las ceremonias y lo primero que se me vino a la mente fue la canción de Dani [Ideas en mente](#)

*El azar
me obedece y se deja atrapar
una chispa que disparará
soy el humo huyendo del incendio*

Siempre me gustó mucho ese verso del humo huyendo del incendio. Me hizo acordar a las piedras huyendo del alud, como que son el alud y no lo saben.

*sos el sol
rebotando* en todas direcciones
los tacones de mis elecciones**
me das el marco teórico para un nuevo amor*

* la canción en verdad dice *caminando* pero siempre se lo cambio

** en realidad es *reflexiones*, ídem

Intentaba analizar cada palabra, sacarle el jugo de las ideas que antes no había tenido en mente. Volvía a cantar la canción desde el principio una y otra vez

El azar

me obedece y se deja atrapar

Y a la vez que hacía eso armaba mi nido en la tierra, destrozaba frutos de eucaliptos y me olía los dedos, jugaba con la hojarasca, buscaba otras arañas para evitarlas, tiraba frutos de eucaliptos a las piedras junto al río y jugaba a que, cuando le diera a la piedra que yo había elegido, sería el momento de bajar a la orilla misma del río. Me di cuenta de que mi percepción estaba aumentada cuando mi mano chocó contra el brazo de un pino. Vi las ramas como bracitos tendidos hacia mí, más cerca de lo que yo esperaba. Vi telas de araña brillando y no sabía exactamente a qué distancia de mí estaban, vi el río moverse más fluido, como en un video con un *framerate* raro, vi el interior del fruto del eucalipto en su verdadera profundidad.

Pensé, también, que todo eso tal vez podría haberlo tenido sin ninguna sustancia especial en el cuerpo. Nunca estoy tanto tiempo sentada en la naturaleza, esperando que la naturaleza se presente, esforzándome en ver lo chiquito y lo grande, sin ningún lugar a donde ir y sin ninguna hora a la que estar atenta.

La canción de Dani es maravillosa. De tanto bailarla y ver el videoclip del nene bailando por Palermo nunca me había percatado de que está llena de mitología griega. Sí que me había dado cuenta de

y ladra el [perro con tres cabezas](#)
que ***nos vigila desde la puerta*** de tu pieza

pero nunca había notado que

esa ***bestia***

que me espera en el ***centro del misterio***

Claro, dije, ¡es lo del [minotauro de Creta](#)! Y me sentí re crack de decodificar la simbología *centro del misterio* = *centro del laberinto* hasta que me acordé de que la canción repite todo el tiempo la palabra *laberinto*

*decime como hago para salir del **laberinto** sin que me encuentres*

Ahora, hay que ser muy artista para hilvanar unas palabras tan simples como “el centro del misterio”. No sé si en algún momento había notado la dimensión mitológica-espiritual de Dani Umpi (más allá de lo espiritual que es de por sí bailar y cantar). Él mismo es un ser mitológico pero por mucho que yo ame sus canciones nunca las había escuchado así – y eso que solo las estaba cantando yo misma, sin su voz, sin la pista musical. Él habla del amor y del drama pero el amor y el drama son lo que más me ha enseñado sobre cómo ser y cómo vivir. Hacía pocos días ahí en Chavín alguien había dicho “dicen que venimos al mundo a aprender a amar”, así que las canciones de amor y joda de Dani son, cuando así lo quieras, bastante sagradas.

Me acordé de la parte de que ¿Ariadna? Busca al minotauro usando un hilito que en ese momento visualicé de color magenta.

*esa bestia
que me espera en el centro del misterio
ese hilo que me impide el vuelo
satisfecho como un **buey**.*

Ahora confieso que [no me acuerdo muy bien de cómo es ese mito](#). El sentido que le di en el momento es que Ariadna busca y encuentra al Minotauro usando el hilo. El hilo le impide el vuelo porque el amor impide el vuelo. No obstante, ¿quién no quiere quedarse toda la vida en tierra junto a un toro satisfecho?

Y bueno, ni que hablar que “*decime como hago para salir del laberinto de mi mente*” is basically *the story of my life*. Aunque ya no tanto eh, ya no tanto. Armé un hogar en mi laberinto. Ya no me siento tan presa en él como antes, como antes. En ese mismo momento mi mente estaba por darme magia y me servía, con este análisis poético, de refugio.

Siempre que en literatura del liceo analizábamos algo yo, ya escritora, pensaba “qué mentira”. Mentira que alguien se va a poner a escribir pensando en la simbología de tal o cual cosa, que el número de versos sea igual al número de no sé qué, que tal color te hace sentir esto o lo otro. O sea sí, supongo que hay gente que escribe así pero me parece que son más arquitectos que escritores. Yo, por lo menos, nunca armé un *puzzle intrincado de palabras*, solo las escucho venir, las sigo, como el humo huyendo del incendio. Pero ese día le encontré un sentido a este sobreanálisis porque fue una casa. Es un poco de psicología también, porque una misma no sabe lo que está simbolizando y por qué. Es una unión posible con Dani, con Tacuarembó, con el cono sur.

Pero es lo que tiene el arte. A veces escucho gente académica hablar de textos serios que estudian, sobre temas importantísimos para la civilización, y en realidad son poemas esos textos. Todo el arte va describiendo la realidad interior y exterior, todo el arte se termina de cocinar en la mente de quién no lo ha escrito ni tallado.

Cuando él dice *en los rincones me aparece la muerte* yo solo podía pensar que los rincones están llenos de vida – abría una corteza abandonada y había un nido de arañas dentro de ella, estiraba el brazo y la mano del pino me hacía un *high five* -, que la muerte es la que aparece, que la inminencia de la muerte es la que hace saltar a la vista la vida de las cosas.

Entonces me puse a cantar [Lechiguana](#) y me dio gracia que en ese momento, tan lejos, me acompañara un artista de mi tierra. También agradecí a los invasores, los pinos, los eucaliptos, que aunque está todo mal con ellos, por ese rato me hacían sentir como en casa, porque son los mismos que podría encontrar a la orilla del Río que sí me pertenece.

*Tengo que hablar con dios
decirle que me preste un rato
tu alma*

Yo siempre había tomado esa frase como un pedido de posesión. “Dios, dame un ratito el alma de mi amado, así lo tengo conmigo”. Pero en ese momento se me ocurrió un significado diferente: “Dios, dame un ratito el alma de mi amado, así siento con esa alma. Así la uso como si fuera mía. Así sé como es tener un alma noble, así sé cómo es ser bueno, así sé como es sentir amor, así sé cómo es no querer poseer a mi amado porque él me ama y no quiere poseerme.”

Camino por el sendero de escorpio

Escorpio como Jesed, como casi todo Wikiacción Perú, como la conferencia, como el [grupo de trabajo](#), como Eli, como ese día, como el Flaco que cumplía años ese día, como Fermina, como Alan, como Pablito, como el brasilero, como Berna, como el matrimonio de Mari y Cris.

ningún atajo puede con él

Qué decir, la verdad, transcribiría toda la canción, siento que fue hecha para mí, para unirnos a Pablito y a mí, y, especialmente, para este momento de mi vida. Pura mitología del Río de la Plata.

Yo ya había estado hacía poco, el día que tomé media pastilla de éxtasis, rompiendo las bolas con lo de que

*el ojo de Horus me guiñó
y de inmediato la vi llegar*

Me hizo sentido estar pensando en Pablito y pensar que “la vi llegar”. O ¿a quién vio llegar Daniel que pueda tener una artículo femenino?. Es *el ojo*, *el Horus*, *el candidato* de Daniel. ¿Quién es *esa la*? ¿La lechiguana?

Yo pensé que esa fémina a la que vi llegar es de hecho, mi novio. Quién si no él-ella va a traer *un mazo de cartas sin barajar*. Quién sino alguien que quiere que todos los días sean iguales. Quién sino alguien que está aprendiendo a jugar al truco.

Y me gustó ver que él es ella porque hace poco le mostré un poema donde yo ensalzaba un poco artificialmente su masculinidad y no le gustó oír hablar así de sí misma.

Quiero dejar constancia de que me sigue pareciendo una pelotudez hablar de feminidad y masculinidad, incluso en términos de energías. Para mí no hay nada ahí. Si querés decir que en el mundo hay dos sustancias fundamentales, está bien, pero por ahora no voy a transigir con nombrarlas de una manera opresiva. Si quieren decir que en oriente no es opresiva esa división (permítame dudar), pues bien por los orientales. Yo estaba en ese momento en Perú, en Chavín de Huántar y en el Río de la Plata, todos ellos lugares donde la hembra es más débil y más chiquita.

Pero puedo jugar a eso por un rato como quien se draggea. Y también pienso que para darme cuenta de que mi novio no es un macho tengo que ver por un rato que es una hembra y amarla como a ella, como a *la* que vi llegar.

Y me hizo aún más sentido el préstamo de alma cuando pasé por los versos de

*tengo que tener cuidado de vos
tengo que protegerte del mal*

Tengo que cuidarme del enamoramiento y tengo que cuidarla a ella-él del mal que hay adentro mío. Su alma, que sabe amar mejor, está tan cerca de mí que ya es mi alma, que ya puedo amar como él-ella ama. Puedo ser mejor y protegernos del mal.

No pude descifrar todo lo que hubiera querido. No termino de entender quién es *la especialista en reverdecer* ni quiénes son mis amigos, mis *tres tristes tigres* fumetas. Me gusta que sea como la biblia o el corán: tener que estar toda la vida relejendo para nunca terminar de entenderlos – gracias, Dani, por ser mucho más ameno y bailable que la biblia.

A todo esto, mi auto apuesta había salido bien: finalmente le di con un fruto de eucaliptus a la piedra correcta. Fue medio mágico ese momento, el fruto de eucaliptus que yo lancé golpeó otro que estaba en ese preciso lugar, hicieron carambola y salieron volando los dos. Así que quedé comprometida con el río a bajar a su orilla misma, pero no lo hice (tendré que ir mañana).

En esos momentos me entusiasmé. Entraron a mi mente pensamientos más del fuego y más sexuales. Canté [una canción de Bufón](#) (Uruguay, Uruguay), me paré, me abracé a un árbol, sentí más náuseas, me senté en otra piedra. Ahí sí me di por completamente drogada. Una vez más perseguí a Toby con la mirada y desde ese nuevo ángulo vi donde se escondía Martín, a unos cuantos metros de distancia, entre la vegetación. Me dio mucha ternura tener un testigo, un guía, alguien que mira de lejos para ver si estás bien pero que quiere que pienses que estás sola para vivir tu momento. Me sentí un poco *self-conscious* pero también en confianza y volví a echarme donde estaba antes, esta vez con la campera puesta, porque ya se había puesto un poco frío.

Estaba echada apreciando mi estado de locura y considerando si era irrespetuoso pensar en el efecto de Wachuma en términos parecidos a los que pienso en el efecto de una droga. Esos pensamientos los interrumpió Martín, que se acercó, y me dijo que volviéramos a las piedras donde nos habíamos sentado al principio. Me dijo que me iba a dar más medicina.

Cuando me acerqué le dije “Perdón por cuestionar, pero ¿será que preciso más? Yo ya me siento bastante conectade” – por no decir re loque. Me dijo que sí, que tomara más para ir a ver a Tayta Wanka. Sirvió la taza llena, esta vez la taza negra. No había manera de que pudiera con todo eso.

Tragué y esta vez se sentía más ácido y menos amargo. No estaba tan rico como al principio. Me vinieron náuseas pero seguí intentando. Cuando me subió una bilis y tuve que escupir en el suelo, desistí. Martín hizo un pocito en la tierra y ofrendamos lo que me sobraba, que era como media taza. Pensé que ya tendría otra oportunidad de tomar el 100% de lo que el guía recomienda.

Compartimos tabaco (Martín, la tierra y yo) y lo sentí como el momento más amoroso del día. El tabaco me tranquilizaba, suavizaba todo. Sentía que ahora sí podíamos hablar tranqui y yo estaba muy feliz. Me di cuenta de que estaba hablando de mí misma con la *e* (no suelo hacerlo en esos contextos) y me sentí muy cómoda de reconocermelo así. Ninguna palabra me sabía rara. ¡Soy elle!

No lo pensé en ese momento pero encuentro acá un puente con el día que tomamos éxtasis. Ese día comprobé fehacientemente que soy demisexual (aunque quisiera que hubiera una palabra más linda para decirlo). Yo ya me autopercibía así, y coinciden con ese término mis relatos de cómo llego al amor y a la atracción, pero siempre había tenido la duda de que si no sería un poquito de represión en el fondo, si no estaría tratando de blanquear con amor una sexualidad que, en el fondo, seguía pareciéndome impura. ¡Pero no! La droga del amor y el toqueteo solo me hizo mirar y acariciar con deseo a mis amigos, no a las demás personas bellas que estaban bailando a nuestro alrededor. Si en ese estado seguía viviendo mis sentimientos de esa forma, entonces ya no me cabe duda de que soy demisexual.

Y ahora, algo similar. Wachuma y los Chavín me conectaron a un mundo de fuerzas binarias donde pude ver la masculinidad y la feminidad con mejores ojos, si se quiere, o por lo menos más de cerca. Y aún así, cuando vi a otro ser humano, a un ser humano con quien nunca hablé de cuestiones de género ni mucho menos, sentí referirme a mí misma como elle, que es lo que soy.

Del tabaco pensé cómo tantas veces me ha secado la garganta y me ha revuelto el estómago, y ese día me hacía estar en paz y charlar: me reconfortaba. Creo que todas esas plantas que hacen cosas con nuestra mente son nobles si una sabe darles su espacio y me acordé de mi amiga marihuana a quien tanto le faltó el respeto cada noche montevideana, usándola como el escape por *default*.

Nos levantamos de nuestras piedras, agarramos nuestras cosas y caminamos hacia la plaza cuadrada. En el camino, Martín me señaló las ruinas de una construcción de barro que cuando él era chico usaban para encerrar a las gallinas. “Algunos turistas ven eso y piensan que es Chavín”, se rió. Y a mí se me cruzó un pensamiento bastante estúpido que por suerte me reprimí de decirle: ¿no es ese gallinero Chavín, *in a way*? Si ustedes estaban acá en el mismo lugar, tallando las piedras con las mismas formas, haciendo rituales similares.

En la plaza cuadrada cabían 3000 personas. El día del solsticio de verano la sombra de la punta de la montaña atraviesa entera la plaza y da en la puerta del templo. Además, está construida en un lugar por donde antes corría el río, el mismo río al lado de quien me había echado hacía un ratito. Los Chavín lo desplazaron para poder construir la plaza ahí.

Muy cerca de la plaza cuadrada hay una piedra gigante, chata, ovalada e inclinada que ya me había llamado la atención antes. Martín me dijo que me echara en esa piedra e intentara dormir. Se supone que en el sueño pasarían cosas. Me eché en la piedra, al principio con el torso y las piernas flexionadas, sin acostarme del todo. Era un lugar ideal para observarlo todo: el monte cerca del río, los turistas, la plaza cuadrada, el templo, su puerta, las nubes. Ahora sí, me acosté del todo y cerré los ojos.

Me dio gracia sentirme envuelta en mi campera de tachero, un *look* muy montevideano para estar ahí, intentando compenetrarme con la cosmovisión andina. Me acordé de la gringa que vi junto al río, haciendo unos estiramientos en una pausa de su propia ceremonia. Tenía un poncho y caravanas de jipi. Me reí de esas impostaciones. Yo sí soy, yo no tengo que disfrazarme de nada.

No estoy segura de si intenté de buena fe dormir. Me entretuve con los colores que aparecían detrás de mis párpados. Eran los típicos patrones psicodélicos que se han intentado recrear en tantas pelis y [videoclips](#); no por conocidos menos alucinantes.

Lo mejor fue cuando abrí los ojos y vi las nubes. Así entendí por qué los Chavín esculpían lo que esculpían. Los hilos de nubes se fractaleaban, se separaban en líneas en ángulos rectos que claramente deben de haber inspirado la iconografía angulosa de Chavín. Creo que es imposible que yo dibuje ese patrón sobre un papel porque el movimiento que hacían los fractales es parte fundamental de su forma.

Tuve mucho rato esa sensación de “ahora sí entiendo todo” y me pareció muy maravilloso estar teniendo un día tan particular, tan trascendental en mi vida, y saber que comparto esa experiencia con gente que vivió 3000 años antes que yo*. Cuando la vida era en tantos aspectos tan distinta, hay una cosa que hicimos igual y vimos igual, porque nuestras mentes se parecen muchísimo aunque estemos tan alejados en la historia. Y ese nivel de conexión, esa unidad, se revela a través de una planta que ha estado viva todo este tiempo; que aunque muera, se reproduce y es más “consciente” que nosotros de que ella es la misma de siempre.

* otro día estuve hablando con un arqueólogo que me dijo que los Chavín usaban más el Cacao y veneraban más la Ayahuasca, y que creemos equivocadamente que el San Pedro era lo más para ellos solo porque es la planta que más prendió en ese bioma. Pero podemos pensar que las tres se usaron allí. Las tres están representadas en el arte Chavín y están unidas de formas que te vuelan la peluca.

Empezó a llover despacito, y era muy raro porque ninguna de las nubes que estaba justo encima de mí parecía gris o cargada. Se veían blancas, hechas de hilos, y aquí y allá dejaban ver el celeste del cielo a través de ellas.

nubes pillas

inocentes
a mis ojos se ven tan livianitas
y sin embargo, de algún lado me llueven estas gotas

nubes pillas
engañosas
no me van a inventar que estas gotas vienen de un costado, de aquellas nubes grises regordetas que
están cerca, pero no están sobre mí
si yo siento estas gotas verticales

nubes pillas
transparentan el cielo
muestran finos sus hilitos blancos
son mi alucinación y un ancla al cielo

nubes mentirosas
¿qué me van a hacer creer?
¿que estas gotas son la saliva de un mozo gigante escupiendo en el plato de dios?

nubes mentirosas
fractalarias
gracias por estas gotas irreales
lluevan todo el día sobre mí
sobre esta piedra

disfruté de esa lluvia inexplicable

Escuché a un guardia tocando el silbato, creo que para sacar a algún turista de un lugar indebido.
Voló una bandada de palomas, me enderecé para verlas y encontré la mirada de Martín haciéndome
señas para que siguiéramos. Pensé que ya estaba entrando en el *mood* de ser guiada: ya me entendía
con mi guía sin que él tuviera que hablarme demasiado.

Pasamos junto a [los escalones que tienen talladas un par de cabezas de serpiente](#). Supe que si me
quedaba a mirarlas iba a verlas moverse, pero no pedí permiso para detenernos porque allí estaba
una persona flaquita de buzo color verde loro, sentada, mirando atentamente los escalones y
pintando con acuarela. Me inventé o supe que era francés y que era andrógine como yo.

Llegamos frente al [portal](#) y mi guía me indicó que me sentara, y que si la lluvia se ponía más fuerte,
abriera el paraguas. El portal del templo tiene dos columnas: una negra con el dibujo de una diosa
de vulva dentada –me encantaría saber quién y en qué circunstancias empezó a fantasear con una
vulva dentada– y una columna blanca con el dibujo de un dios. Se supone que el pene del dios
también está muy visible pero me agrada comunicar que hasta entonces no había podido entender
cuál era.

No sé cuánto rato estuve ahí pero podría haberme quedado todo el día. Algo tienen los patrones de
los Chavín que potencian el viajecito de los ojos. Las figuras se colorean, se mueven, toman cuerpo,
se oscurecen y se aclaran. También pude ver todas las figuras que estaban en las otras piedras y que
normalmente no puedo ver porque soy chicata o porque el tiempo las ha erosionado o porque los
Chavín tenían planes de tallarlas y nunca llegaron a hacerlo. Cada cara de cada piedra de ese portal
tenía dibujos complejísimos.

Mientras estuve ahí sentade se acercó una familia a observar las columnas. El papá le dijo a la nena “¿ves esos dibujos *antropofórmicos*?”. Miraron un tiempo muy breve, supongo que el mismo tiempo que yo hubiera mirado si hubiera estado de cara, y cuando se fueron la niña les preguntó “¿me compras una [cabeza clava](#)?”.

Después, llegó el francés de las acuarelas y se sentó no muy lejos de mí. Creo que esta vez no pintó ni apuntó nada en su cuadernito. Solo se quedó ahí un rato y, cuando terminó, se acercó a besar las piedras que estaban al alcance de su mano. Las acarició con mucho amor y estiró su pie descalzo a través de las vallas para acariciar un escalón con la planta y con los dedos. Me morí de tanta sensualidad.

Me hizo pensar en mis frustraciones sexuales, en cómo tantas veces me siento desconectade de mi propio deseo y del de mis compañeres. Sospeché que cuando estás conectade con el otre, el otre puede estar tieso como la misma piedra y aún así participar de esa sensualidad, aunque no diga ni haga nada. Bueno, con mi mente de hoy claramente esto me suena problemático porque muchas violaciones se efectúan cuando la víctima esta tiesa del shock o de la droga. No me voy a poner a defender esta idea porque ni siquiera la he puesto a prueba aún, pero sí puedo decir que, en todo caso, la probemos con gente que, justamente, conozcamos en profundidad. Lo importante es que una de las caricias más sexys que vi en mi vida fue una caricia a una piedra y me parece que eso es un montón de información.

Intenté reverenciar al portal, a mi modo, y seguimos camino. Al levantarme noté que mis manos estaban gruesas y moradas, supongo que por algo que le estaría pasando a mi sangre. También parecían más viejas y curtidas que siempre y eso me gustó.

Miramos un rato la gran planta de Wachuma que Martín plantó casi por accidente cuando tenía 12 años. Es gigante. Muchos de sus brazos ya son de madera por dentro. Uno de sus brazos es el puesto de vigilancia de un búho. Otro de sus brazos se cayó al suelo hace bastante y todavía no se ha descompuesto. Quise preguntarle a Martín si lo que yo había tomado provenía de esa mismísima planta, pero no le pregunté porque si no era así, no quería saberlo. Aunque ahora pienso que como es casi imposible hacer un árbol genealógico de los individuos wachuma, entonces casi que todas son el mismo individuo.

Toby quiso enfrentarse a una llama que pastaba muy tranquila. Pensé que las llamas, San Pedro, el río que seguía su curso a pesar de haber sido desplazado, y el propio hecho de tallar y construir en piedra son manifestaciones sumamente creativas de la vida ganándole a la adversidad, de la vida adaptándose a cualquier cosa que le tiren. Ahora que traigo este pensamiento de nuevo me acuerdo de que en la conferencia tuve un momento de esperanza en que habrá un mañana. Si me preguntan, oficialmente, sigo pensando que ya es demasiado tarde y que el mundo como lo conocemos se va a acabar, que solo habrá pequeñas cápsulas habitables para quienes puedan pagarlas y el capitalismo morirá con las botas puestas. Pero el ver a tanta gente cultivando y sosteniendo vidas totalmente distintas a las que yo conozco, vidas con las que la cultura hegemónica ha sido tan hostil, ver que sobreviven y que siguen pudiendo hacer sus cosas a su modo, me dio un poco de esperanza en que quizás esas comunidades indígenas, como las llamas, como Wachuma, tienen secretos para sobrevivir a la adversidad. Quizás además de los ricos en sus cápsulas sobrevivan estas comunidades en sus valles o en el medio de la selva, y eso para mí, constituye un mañana.

Continuamos hacia la plaza redonda. La plaza redonda es la plaza “hembra” y también es el “nivel 2”, porque puede albergar solo a 35 personas. O sea, mucha gente puede pasar por la plaza cuadrada pero pocos pueden llegar a la redonda. Es la plaza del invierno, porque el 21 de junio la sombra de la montaña más alta la atraviesa. Nosotres tampoco podemos llegar a la plaza redonda. Está toda acordonada. El francés se había sentado tan cerca de las vallas que pasó sus piernas cruzadas y su

cabeza hacia el otro lado. Ahora sí, pintaba con sus acuarelas. Cuando yo lo miraba de costado sus pequeños movimientos de pincel parecían aspavientos. Me encantaba el color de su campera.

Él estaba a mi izquierda, y a mi derecha contemplaban la plaza en silencio, como nosotros, un chico en silla de ruedas y una mujer. Me percaté de ellos porque la silla de ruedas hacía ruiditos cuando el chico se desplazaba. Me pareció muy maravilloso que una persona que no puede caminar pueda atravesar todo ese pasto y esas elevaciones. Yo hubiera prejuizado, por los movimientos espasmódicos que hacía el chico con la cabeza y los pies, que él estaba desconectado del plano en el que casi siempre nos movemos todos. Pero movía su silla hacia donde él quería y escuchaba lo que le decía la mujer.

En la plaza redonda es donde está dibujado [el personaje que tiene una planta de Wachuma en la mano](#). Él sí que sabe. Me quedaba muy lejos como para poder llegar a contemplarlo como contemplé a los guardianes del portal. Yo tenía más interés en observarnos a nosotros y a las montañas que estaban a nuestras espaldas. Siempre con la atención culposa que tengo, siempre pensando en no caer en una inmoralidad y en que me perdonen si soy irrespetuosa, pensé que el muchachito, el acuarelista y yo estábamos experimentando tres vías distintas de poder entregarse a la contemplación necesaria para apreciar la vida: uno con el arte, otro con sustancias, otro con la neurodivergencia.

Ahora sí, era la hora de ver a Tayta Wanka. Me daba un poco de miedo. La primera vez que lo había visto, de cara, me impresionó su tamaño y su forma más que su espiritualidad. Y ahora sentía que un ser tan masculino y arrogante, si se me permite, un ser que tenía todo un templo y kilómetros de túnel subterráneo contruidos para su propia gloria, no querría tener un diálogo conmigo. Entramos al túnel. Martín me dijo que me sentara frente al Tayta y que él me iría a buscar en unos minutos.

Su sonrisa era más siniestra que antes y sus rasgos tenían más corporalidad. Quisiera haber podido tocarlos pero estoy segura de que, más allá del grueso vidrio que lo protegía de la grasa de nuestras manos, él no quería que yo lo tocara. Pensé en presentarme ante él, decirle quién soy, y declararme merecedora de lo que él tuviera para mostrarme. Empecé como con excusas: “no soy varón ni mujer, no soy de los Andes, soy digna de lo que quieras mostrarme”. Después de repetirlo muchas veces cambié mi presentación, mi mantra, por uno afirmativo “Soy hembra y macho; soy del Río de la Plata; y soy digna, Tayta, de todo lo que quieras mostrarme”. (Sí, me acordé de Nati Oreiro.)

Creo que el Tayta no quiso mostrarme sus secretos pero sí me llevó a profundizar en un par de cosas: primero, en esa misma afirmación de dignidad. Merezco que los seres poderosos de mi vida me den lo que quieran darme.

Segundo, pensé en que todas esas galerías subterráneas no eran menos sagradas por ser lo que eran para mí en ese momento: un excelente lugar para tripear. ¿Acaso pierde su dignidad el templo porque queramos vivir en él una experiencia psicodélica? No me la careteen: es obvio que los Chavín lo construyeron para eso. Trajeron piedras desde kilómetros y kilómetros de distancia, ingenieraron una construcción antisísmica, desplazaron un río, seguramente murió gente en la construcción, perdieron dedos y brazos, todo para tener un buen lugar donde flashearla. Y sí, es un lugar espiritual de culto al Tayta y a los [Apus](#) y a la propia Wachumita, y – como toda cosa religiosa – es un centro político, de represión, de control social. Pero una cosa no quita la otra. La espiritualidad no le quita lo tripi, la espiritualidad es lo tripi. No hay nada de indigno en construirse un buen lugar para drogarse. Todo lo que pueden darnos nuestra mente y las plantas es tan sagrado como el cielo y las montañas.

Y entretejiendo todo eso está el arte. El Tayta es un dios; pero también una persona (o un grupo de personas) construyó al Tayta de la nada, con su visión y con sus manos. Yo no sé si quien talló esa

enorme piedra era un esclavo obligado, un artesano que se encontraba en la obligación de hacerlo para comer, o alguien que solo se obedecía a sí mismo y a las plantas en un raptó de inspiración, con el puro impulso de expresarse y de mostrar al dios que conocía. Como sea, un colectivo o ser humano hizo una escultura que es el centro de poder de una construcción enorme y que 3000 años más tarde sigue en su lugar, conmoviendo (o no) a la gente que pasa a verla.

Una de las definiciones de arte que he manejado en mi vida es “algo que hacés por un fin superior a vos mismo” o “un mensaje que enviás a través del vacío a alguien que no conocés y que tal vez no te es contemporáneo”. En ese sentido el Tayta me hizo ver, por el solo hecho de existir petrificado en una escultura, lo poderoso que soy de poder hacer arte con mi mente y con mis manos. Si puedo ver lo mismo que los Chavín, si está en mi mente como en la de ellos todo ese mar de sensaciones trascendentales, tiene sentido que yo también cree cosas con las que en algún momento podré conectar (o no) con el espíritu de los humanos que vendrán después de mí, de la gente que habitará ese mañana posible.

El túnel que lleva al Tayta se pone más y más estrecho. Las piedras me abrazaban mientras yo sentía todas esas cosas.

Escuché venir a Martín. Salí de ese tramo del túnel y él entró. Lo vi de espaldas y me conmovió ver su frente rendida frente al cristal, su espíritu rendido ante su dios. A él sí que el Tayta le cuenta sus secretos.

Después de ahí fuimos a la galería doble ménsula. Era un espacio subterráneo pero con luces prendidas. El túnel se ramificaba en pequeñas cámaras donde la gente, los líderes de los pueblos, sobre todo, iban a meditar. Escuchamos cantos y supimos que en las últimas cámaras había gente celebrando otra ceremonia.

Me quedé sola una vez más, me senté en con la espalda apoyada en la pared de piedra que (creo) me separaba de ese ritual. Nunca llegué a ver a esas brujas, o creo que las vi mucho después, ya sobre la superficie de la tierra. Una voz de mujer le cantaba a las diosas, primero las del agua, después las de la tierra. Me pareció que tenía acento de Chile pero sobre todo tenía acento de bruja. ¿Por qué me parece tan loco que un lugar protegido (o por lo menos administrado) por la UNESCO y por un estado permita que la gente vaya a hacer sus rituales ahí? No acredito una cosa que debería ser lo más normal del mundo: que un templo, un lugar sagrado, un centro energético, sea usado por sus visitantes para fines espirituales.

La muchacha cantaba muy lindo sobre los ríos, *las aguas danzarinas*, las lagunas, las serpientes, *las diosas poderosas, infinitas*. Era una canción bellísima y en un momento me di cuenta de que la estaba improvisando porque las palabras casi que no se repetían de la misma manera. Lpm, hay que estar en un trance muy potente para crear canciones tan bonitas y conmovedoras así, de la nada, o del todo, del aire que te rodea, del incienso, de la coca, de alguna planta que las acompañara. Otra vez me maravillé del arte. Supongo que ellas habrán estado meditando. Siguieron las canciones y yo me dormí.

En el sueño vi muchos gatos formarse frente a mis ojos en las paredes de piedra. Varios grupos de piedras formaban un jaguar aquí, un gatito allá, un jaguar y la humana que lo acaricia. Pensé en mi gatito y en todos los días que (yo misma elegí) faltan para volver a verlo. Me quedé con tierra del túnel debajo de las uñas.

Me despertó un guardia que entró para decirnos que ya era hora de irnos. Yo nos hubiera dejado un rato más, pero sentí un pequeño respeto por esos guardias porque dentro de todo no rompían las

pelotas, eran amigos de los guías y estaban cumpliendo un rol que seguramente habrá cumplido otra gente en ese lugar, 3000 años antes que ellos.

Martín me llevó a otra galería más tranquila. Ahí sí que no había nadie, no había ni siquiera luz. La única luz que entraba era a través de un hueco que los Chavín hicieron para ese fin. Me senté en una piedra, con el hueco a mi izquierda, y a mi derecha una pared sobre la que se proyectaba esa luz difusa que venía del exterior. Hice sombras con las manos. Me vi de perfil y mi sombra parecía embarazada.

De afuera, lejísimos, a través de ese tragaluz largo y chiquitito, venían risas y gritos de niños. Me asomé y les vi pasar, vi pasar a sus madres y a los perros. Todo un mundo afuera, tan cercano, y los Chavín construyeron este dispositivo para alejarse del mundo y poder verlo.

Ese lugar oscuro y acogedor era bastante un útero y me vino otra oleada de energía sexual, esta vez femenina, esta vez más fuerte que las anteriores. Abrí un poco las piernas y puse mi pelvis en una posición parecida a la que nos indica Emi sentarnos en yoga, como si la cadera fuera una copa que se va un poquito para adelante sin que se derrame su líquido. Tuve que estirar la garganta y la cabeza hacia atrás y me sentí atravesada por un haz de [prana](#) que se iba del túnel, al centro de la tierra y a la superficie también.

Frente a mí, una tenuísima luz se movía, se hacía más fuerte y más leve, se iba de izquierda a derecha. Varias veces esa luz me hizo pensar que ya venían a buscarme, pero no, porque no se escuchaba ningún sonido. En esos dos túneles, mientras las brujas no cantaban y mientras los niños no gritaban, aconteció el silencio más grande que escuché en la vida. Por momentos no se oía nada de nada.

Hasta que sí escuché pasos y a Martín que me decía “¿Vamos, hermanita?” y salimos a la superficie.

Cada una de las tres veces que salí de un túnel a la superficie temí que el día ya se hubiera terminado, temí encontrar todo oscuro. Pero siento que cada una de las veces que salí, quizás por efecto del encandilamiento, el día se alargaba un poco más. Ahora sí, en esta última salida, era notorio que el sol ya se estaba yendo.

Fuimos a ver la [cabeza clava](#), la única que queda en su lugar de las cientos que eran. Es un meme perfecto de *hang in there* o *keep calm and carry on* porque ellas tenían expresiones faciales muy variadas y justo quedó ahí en su lugar, después de milenios, una cabeza clava sonriente.

Ya nos íbamos y le pedí a Martín pasar a ver a mi hermanite, al compa no binarie representade en la estela cuya réplica está a la entrada del templo. Sé que no es el original, pero espero que de acá a Lima, donde se encuentra, le hayan llegado mis respetos.

Volvimos caminando por el pueblo, pasamos por la plaza que es bellísima. Ahí empecé a sentir mi estado de locura un poco más como locura, sentía rigidez en la mandíbula y presión en el cráneo, como me ha pasado con el LSD. También me parecía que me faltaba el equilibrio, o que no me interesaba mucho caminar derecha. Fue hermosa la visión de la plaza y espero no olvidármela más.

Martín me acompañó hasta la puerta de mi habitación y se aseguró de que yo supiera cómo utilizar una llave. Me recomendó que comiera livianito (entre mi vegetarianismo y la cultura gastronómica del pueblo, la verdad que no fue posible). Ya sola en mi pieza, empecé a intentar hablar con alguien amado por teléfono para buscar un espacio seguro donde aterrizar. Mi hermanito me contestó la llamada, me hizo reír, y de a poco fui mensajeándome con todas ustedes.

Por cierto, Noel me habló como si conociera a los Chavín y me dijo algunas cosas sobre ellos. Hasta ahora no sé si estaba tirando fruta o de verdad los conoce. Yo en el momento le creí todo y cuando estuve de cara no me quizo revelar la verdad.

Me moría por una ducha caliente pero decidí no hacerlo hasta el día siguiente, cuando me mudara a otro hospedaje, porque la ducha era eléctrica y me daba impresión. También, me parecía bastante probable que me cayera, y no quería tentar a la suerte. Fue un desafío bajar a un restorán, pedir comida y agua. Me quedé un rato cerca del río, mirando la luna llena y una niña que pasó me miró como si yo fuera satanás. Yo tenía las pupilas más que dilatadas. Cuando me las vi en el espejo del cuartito se reflejaba en ellas su marco dorado y me encantó esa visión, como si mis ojos me estuvieran regalando más de lo que siempre me dan.

Vi el videoclip de *Lechiguana* un par de veces antes de irme a dormir. Hasta ahora no sé si la cara del gaucho-dios-Dani se deforma de verdad, por un efecto del video, o si soy yo que lo vi así y ya no puedo dejar de verlo. Dormí un sueño plácido y cómodo y ahora sigo en Chavín de Huántar, frente a una montaña. Quiero volver a ver las nubes y las piedras como las vi ese día, pero supongo que tendré que esperar a integrar todo lo que sentí y pensé esta vez.